

Salvador López Arnal

Artículos, escritos, conferencias

Dos guerras – Enrico Tomaselli

La guerra librada y la guerra cognitiva son dos aspectos de la guerra híbrida en curso, que no siempre parecen estar conectados entre sí. Pero el gran juego de ajedrez que se está jugando rediseñará el mundo y su equilibrio de poder. Cada movimiento en falso puede contribuir a cambiar los tiempos y formas de dar jaque mate.

Percepción occidental del conflicto

Aparentemente, hay dos guerras en curso: una librada en el campo de batalla, la otra cognitiva, destinada a las mentes en todos los rincones del mundo. En un contexto en el que todos los sujetos coinciden en que la que está en marcha es a todos los efectos una guerra híbrida y que, por tanto, estas dos guerras son en realidad sólo dos caras de una misma moneda, quizás suene extraño leer que hay dos guerras distintas.

Curiosamente, Occidente habla de la guerra de la información y lo hace con la creencia de que la está ganando (el director de la CIA, William Burns, se dirigió al Senado de los EE. UU. declarando que “Rusia está perdiendo la guerra de la información contra ‘Ucrania’). Por otro lado, Andrei Ilnitsky, un destacado asesor estratega del Ministerio de Defensa ruso, habla en cambio de guerra cognitiva (mental’naya voina). A primera vista, puede parecer que están diciendo lo mismo, solo que en términos

diferentes, pero no es exactamente así.

De hecho, Burns se centra en cómo se lleva a cabo esta batalla, que es precisamente -y lo sabemos bien- un ejercicio propagandístico que lo abarca todo: censura de fuentes enemigas, criminalización de la disidencia, construcción de una narrativa distorsionada. Por su parte, Ilnitsky se centra en cambio en la cosa, en la meta que se quiere alcanzar, que es la capacidad de distinguir y comprender.

Pero, mucho más importante, es algo que aún escapa a esta interpretación, aunque diferente: Y es la dimensión espacial. El conflicto en curso, de hecho, no es un asunto que concierna solo a los contendientes directos; es una prueba de fuerza, cuyo valor (y cuyo resultado) no establece simplemente las relaciones entre los bandos hostiles, sino entre ellos y el mundo entero. Si, por tanto, el campo de batalla de la guerra se limita a Europa del Este, el de la guerra cognitiva no tiene límites.

Como con cualquier conflicto, obviamente hay un entrelazamiento entre las dos guerras. La propaganda sirve básicamente para obtener apoyo (político, material, moral) para las propias fuerzas en el campo. Y, por lo tanto, está dirigido esencialmente a su propio frente interno. Pero también sirve para crear un clima internacional hostil al adversario. Si nos fijamos en estos dos aspectos, la afirmación de Burns resulta totalmente falaz.

En lo que respecta al frente interno occidental (EE. UU., Europa, Ucrania), a pesar de un uso violento y sin escrúpulos de la propaganda, está bastante claro que el apoyo a la guerra (y a quienes la alimentan y la quieren) es, por decir lo menos, escaso. La popularidad de los líderes occidentales es muy baja en casi todas partes, empezando por la de Biden. Por el contrario, aunque el frente interno ruso obviamente no es graníticamente compacto, es igualmente evidente que el apoyo a la guerra, e incluso más al liderazgo, es mucho mayor que en Occidente.

En cuanto a la dimensión internacional, la aceleración de innumerables procesos de derrumbe geopolítico deja plásticamente claro que la guerra cognitiva occidental ha fracasado.

Como he argumentado anteriormente, uno de los grandes problemas con los que Occidente tiene que lidiar en esta coyuntura histórica es su propia extraordinaria arrogancia. Evidentemente, es algo que tiene que ver con la historia, con la narrativa histórica

que Occidente ha construido a lo largo de los siglos, y de la cual el supremacismo estadounidense no es más que la última manifestación.

A pesar de una cierta difusión del pensamiento autocrítico (sobre el colonialismo, sobre el racismo relacionado con él, etc.), se trata en todo caso de una manifestación de superioridad (si decimos que el colonialismo es malo, entonces lo es). ..), que sin embargo abandona las relaciones reales entre Occidente y el resto del mundo. La frase de Borrell sobre el jardín y la selva, una voz del subconsciente, es claramente paradigmática del pensamiento profundo de las clases dominantes occidentales.

Este enorme problema cognitivo se traduce no sólo en la convicción de la propia superioridad -moral, política, tecnológica- sino, en consecuencia, también en una peligrosa distorsión perceptiva.

Durante la edad de oro de la dominación occidental, y más aún tras la caída de la URSS, el corazón de Occidente -es decir, el imperio estadounidense- ejerció su poder global a través de una proyección militar nunca vista en la historia, a través de un ejercicio chantajista de la economía, las finanzas y, no menos importante, a través del poder blando de su gigantesca industria de las comunicaciones (1). A través de este último, difundió su propia filosofía de vida, su propio modelo cultural y político, convirtiéndolo –de hecho– en el modelo por el que luchar, universalmente.

El estallido del conflicto ucraniano -que es mucho más que una de las muchas guerras occidentales, sino un paso crucial en la historia- cambió radicalmente las cosas. Y, como hay mucho en juego, era necesario pasar del poder blando al poder duro : censura de fuentes enemigas , criminalización de la disidencia, construcción de una narrativa distorsionada.

Pero esta operación sólo fue posible dentro de Occidente. Y su dirección no se ha dado cuenta ni de esta brecha ni de sus consecuencias.

En cierto sentido, es como si Occidente, al sentir la amenaza de su propio declive, se hubiera puesto la armadura y se hubiera preparado para la guerra. Pero la armadura no es solo una herramienta de defensa: también es algo que condiciona la postura, no solo la física, de quien la lleva; y la vista a través de la visera del casco es limitada.

Metáforas aparte, la elección bélica de Occidente, su cierre en una perspectiva militar (OTAN-armadura), con la consiguiente

militarización de todos los ámbitos civiles (UE, universo mediático, etc.), han dado vida y forma a su propia distorsión perceptiva. El clímax se alcanza cuando la narrativa propagandística -elaborada sobre la base del consenso interno- se insinúa en la percepción de la dirección, mezclándose y confundándose con la realidad fáctica.

Esta falsa percepción crea un peligroso mecanismo de autoengaño, cuyos reflejos amenazantes repercuten en la conducción de la guerra, y puede traducirse no solo en un colapso del propio Occidente, sino en una deriva desastrosa que expande la guerra en el tiempo y el espacio.

Entre estas reflexiones ciertamente podemos incluir aquellas que conducen a la implementación de diseños tácticos y estratégicos sin ningún fundamento real. Tal era, por ejemplo, la convicción de poder poner de rodillas a Rusia en poco tiempo y, por tanto, de no haber considerado del todo que -de resultar infundada esta hipótesis- hubiera sido necesario poder resistir un enfrentamiento prolongado. La realidad de los hechos se ha encargado de destruir esta creencia, con el resultado de que Rusia ve crecer rápidamente su producción industrial militar (además de poder contar con un sinfín de arsenales soviéticos), mientras que Occidente ha agotado sus recursos y está en fuerte declive.

Lo mismo ocurre con las presiones a las que estuvieron y están sometidos los ucranianos para lanzar una ofensiva capaz de cambiar el panorama general, a pesar de la conocida y abrumadora superioridad defensiva rusa y la falta de requisitos tácticos para el éxito (artillería insuficiente, falta de cobertura aérea). Presiones debidas a necesidades políticas occidentales y cínicamente indiferentes a la masacre de ucranianos, pero también determinadas por la creencia (habitual) de que las armas y tácticas occidentales asegurarían el éxito por sí mismas .

El gran tablero de ajedrez

Pero es toda la visión occidental del conflicto la que está distorsionada. Tanto en términos de expectativas como en términos de evaluación general de la situación en el campo.

Más allá de los desastrosos desenlaces de los dos últimos momentos importantes de la guerra (caída de Bajmut, 50 días de contraofensiva), se mantiene la idea del punto muerto , es decir, que el empuje de ambas fuerzas en el campo de batalla se está agotando, y que hay un equilibrio sustancial, como para determinar con precisión una condición de éxtasis sustancial. Una idea a partir de la cual se ha jugado durante algún tiempo con la idea del congelamiento coreano , es decir, la transformación del estancamiento de la guerra en suspensión de hostilidades.

Pero, una vez más, también estamos aquí en presencia de una distorsión perceptiva. Casi se podría decir de una superposición de la imaginación sobre la realidad. Realidad, que en realidad nos dice que no hay punto muerto , y que -en consecuencia- no hay lugar para ningún congelamiento .

En el origen de esta percepción de éxtasis hay, por un lado, una influencia cultural , que tiene que ver precisamente con nuestra imaginación (la guerra como movimiento), y por otro, una visión decididamente antigua de la guerra misma, como si fuera centrado en las conquistas territoriales (o, para usar una expresión del ex-diplomático indio MK Bhadrakumar (2), en el “principio de Westfalia” (3)). Pero todo esto no tiene nada que ver con lo que realmente está sucediendo en Ucrania.

En primer lugar, el hecho de que la línea del frente no haya sufrido cambios radicales en los últimos meses no significa que exista un equilibrio de fuerzas. Esta lectura, de hecho, adopta una clave interpretativa basada en variaciones kilométricas, ignorando las mucho más sustanciales.

Una lectura general no puede dejar de tener en cuenta el hecho de que las pérdidas (humanas y materiales) del lado ucraniano son atroces, así como el hecho de que está bajo ataque no solo a lo largo de la línea de contacto, sino en todo el país.

Además, lo que limita la iniciativa ofensiva rusa no es tanto una cuestión de equilibrio de fuerzas (que no existe, bajo ningún perfil), como una opción estratégica: no ofrecer a los ucranianos la ventaja derivada de una gran ofensiva (lo que implicaría grandes pérdidas), y aprovechar al máximo la superioridad aérea total.

Contrariamente a la narrativa actual en la OTAN occidental, por lo tanto, no hay punto muerto en la lucha. Sin embargo, este malentendido corre el riesgo de repercutir también en un posible camino que busca una salida al conflicto. No hace falta decir, de

hecho, que no es posible iniciar ninguna negociación si una de las dos partes ignora tanto la situación real sobre el terreno como los objetivos de la otra parte. Porque, obviamente, si uno mira la guerra en curso como una mera cuestión territorial, se deduce que los intereses rusos pueden estar suficientemente satisfechos con lo que ya se ha logrado y, por lo tanto, esto puede colocarse en la base de una negociación.

Al mismo tiempo, y a la inversa, la misma interpretación puede llevarnos a creer que el estancamiento se debe a la incapacidad de Rusia para hacer más, y que, por lo tanto, todavía es posible revertir la situación a favor de Kiev, a través de una intervención del jefe de Estado de la Legión Polaco-Báltica (actualmente en construcción). Esta es obviamente la hipótesis favorita de los ultras neoconservadores estadounidenses .

Descartada sustancialmente, aunque a regañadientes, la hipótesis de la victoria ucraniana, y ante la necesidad de poner fin al conflicto antes de que el agotamiento de los recursos bélicos occidentales supere el nivel de peligro, para las direcciones occidentales -o más bien, para las anglosajonas- sólo las que cuentan: la pregunta surge en términos de reducción de daños . Cómo salir del callejón sin salida , salvando lo que se puede salvar -o, en definitiva, la cara-.

Las únicas dos opciones que se barajan actualmente son, de hecho, la (poco realista) congelación coreana y la de relanzar la guerra, a través de una intervención polaca directa.

Esta hipótesis obviamente se ve como humo y espejos en Moscú, ya que se acerca peligrosamente al riesgo de una confrontación directa con la OTAN. Incluso si inicialmente esta legión se limitaba a guarnecer el oeste de Ucrania, obviamente ese territorio (formalmente ucraniano, pero bajo el control de las tropas de la OTAN, incluidos los sistemas de defensa aérea y antiaérea) se convertiría en una línea de retaguardia intocable , de hecho alejada de la posibilidad de ser golpeada por las Fuerzas Aeroespaciales Rusas. A menos que aceptaran el riesgo de que Varsovia o Vilnius apelaran al artículo 5 de la Alianza Atlántica.

Y que en conjunto esto se considera la elección más probable, parecería confirmado tanto por el traslado del PMC Wagner a Bielorrusia, como por la reunión pública entre Lukashenko y Putin, y por las declaraciones realizadas por ambos.

Que en realidad, más allá de la aparente armonía, podrían sin embargo tener distintas visiones al respecto. De hecho, si para

Minsk un fortalecimiento báltico-polaco más extenso cerca de sus fronteras es percibido como una amenaza, para Moscú la hipótesis de un mayor desmembramiento de Ucrania al final, podría no ser el peor de los males. De hecho, si la presencia militar polaca no conduce a un conflicto abierto y directo, una mayor división del país no solo sería negativa. De hecho, podría convertirse en la base realista de una hipótesis de negociación, que vería la región occidental de Galicia incorporada de facto a Polonia (por lo tanto, a la OTAN), pero que dejaría todos los territorios entre aquí y el Donbass (al este) y la margen izquierda del Dniéper (sur), como estado ucraniano soberano y neutral.

Veinticinco años después, el juego descrito (y básicamente abierto) por Zbigniew Brzezinski en su “El gran tablero de ajedrez: la primacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos” todavía se juega, pero las posibles jugadas en el tablero de ajedrez son cada vez menos, y por lo tanto más nervioso .

Notas

1 – Incluso Moscú parece haberse dado cuenta de la importancia de este factor, que desde el final de la era soviética (y por lo tanto de la exportación del comunismo) nunca había planteado el problema. Sin embargo, en el reciente Foro Económico y Humanitario Rusia-África en San Petersburgo, se dieron pasos de gigante en esta dirección. En su discurso ante los participantes, Putin argumentó que Rusia y África deberían crear un espacio informativo común, y que “ya se está trabajando para abrir oficinas de los principales medios rusos en África: agencia de noticias TASS, Rossiya Segodnya [grupo de medios que incluye a RIA Novosti y Sputnik], el canal de televisión RT, la emisora estatal rusa, Rossiyskaya Gazeta [periódico] ”. Declaración acogida por los imputados; Gregoire Ndjaka, jefe de la Unión Africana de Radiodifusión (AUB), de hecho declaró que “estamos abiertos a la cooperación con todos los medios rusos. Estamos listos para darles la bienvenida a África”. Por cierto, el Foro dijo que Rusia planea abrir sucursales de sus principales universidades en países africanos.

2 – Ver “Vistazos de un final en Ucrania” , MK Bhadrakumar, Indian Punchline

3 – La referencia es a la Paz de Westfalia (1648), que puso fin a la Guerra de los Treinta Años ya la existente entre España y las provincias de los Países Bajos. El sentido es que los principios inspiradores de los tres tratados estipulados en aquella ocasión se basaron, en definitiva, en una profunda redefinición de las fronteras entre los estados. Ver Paz de Westfalia , Wikipedia

**Autor: admin**

Profesor jubilado. Colaborador de El Viejo Topo y Papeles de relaciones ecosociales. [Lee todas las entradas de admin](#)



admin / agosto 3, 2023 / Recomendaciones

Salvador López Arnal / Funciona gracias a WordPress